

Canonización de Josemaría Escrivá

Desde el interior de la Iglesia Católica (a la cual pertenezco), y desde fuera del Opus Dei (al cual no pertenezco, pero sí algunas de las personas que más quiero), asisto a la canonización del fundador de esta obra religiosa, y me intrigan —en un primer instante— ciertas reacciones negativas que suscita.

Estas reacciones son pocas y aisladas, sin duda, y las aplasta la grandeza interior y majestuosidad externa del acto —características de una canonización—, pero de todos modos inicialmente sorprenden por su malevolencia, aunque sea antigua y repetida.

Después, ya no me sorprenden nada, mirándolas a la luz de lo que —de manera muy presuntuosa— podríamos llamar una teología católica de la historia.

Quiénes creemos en la misión sobrenatural de la Iglesia, nos maravillamos de cómo surgen de su seno —tan pronto las necesita— las instituciones que cada época y sus peculiaridades le exigen para mejor cumplir esa tarea. Instituciones “modernas”, pues son las precisas que la Iglesia requiere en el respectivo momento histórico, pero también “eternas”, porque enfocan ese momento a la luz de una fe que sustantivamente no cambia.

Sucedió y sucede con las órdenes religiosas, y es también, hoy, el caso de los institutos seculares —el Opus Dei, uno de ellos—, fermento renovador de la Iglesia.

Pero siempre las instituciones y personas renovadoras de ésta que se mantienen dentro de la ortodoxia —las órdenes, los institutos, los santos— han sido, sobre todo los primeros tiempos de su actuar, “signos de contradicción”... objeto de crítica, al interior y al exterior de la Iglesia.

Paradójicamente, la crítica interna es la más explicable, en razón de diversos y dispares motivos, por ejemplo:

—Celos por el “arrastre” de lo nuevo. Un santo de los años 40, el Cardenal Caro, se dolía con otro santo de la misma época, el Padre Hurtado, porque éste —decía monseñor Caro— llevaba “la crema” de las vocaciones sacerdotales a los jesuitas, dejando sólo el descarte para el Seminario.

—Temor de los fieles más tradicionales ante las innovaciones del renovador, que le suenan a herejía, confundiendo lo inmutable de la Iglesia con lo solamente antiguo en ella.

Es irónico pensar que cuando se fundó el Opus Dei, hace más de medio siglo —y desde luego antes del Vaticano II—, fuera también tachado de herético en círculos católicos, incluso jerárquicos, por la importancia y autonomía “indebidas” que daba a los laicos.

Más extraña resulta, sin embargo, la crítica externa al Opus Dei y su fundador... personas que acometen contra ellos sin ser católicos, ni siquiera creyentes, y cuyo interés y acrimonia parecen por tanto inexplicables.

Hace años que sigo este fenómeno con perplejidad. Había una editorial española —Ruedo Ibérico, si mal no recuerdo— especializada en libros contra el instituto. Aquí mismo, las últimas semanas, dos revistas han reiterado estos ataques, sin objetividad ni novedad.

Las críticas externas son de dos clases.

Una, categoría chismes.

Me he aburrido de leerlos. Periodistas que hablan

Gonzalo

Vial Correa



del Opus Dei con una desalentadora mezcla de ignorancia y malquerencia. Ex miembros del instituto que lo abandonaron disgustados, y que ahora difunden sus recuerdos y su evidente sangre en el ojo. La última moda: hacer sorna del milagro que abrió la puerta a la canonización de monseñor Escrivá. Es el mismo tipo de gente, aunque del signo contrario, que hace sorna por el rechazo de un milagro propuesto para canonizar al Padre Hurtado. Nadie de mediana cultura, sin embargo, ignora que para estos casos —y para cualquier caso— la Iglesia es cuidadosísima, disponiendo el más severo estudio

científico de aquello que se le presenta como milagro. De partida, tiene un prejuicio en contra. De modo que muchos posible y probablemente auténticos milagros no los acepta como tales, por razones variadísimas, v.gr. insuficiencia de las pruebas. Pero los que acepta son indiscutiblemente milagros, es decir, curaciones indubitadas y sin explicación racional, obtenidas invocando al futuro santo. Así fue el milagro del fundador del Opus Dei, y así será el que aún no conocemos pero que de seguro y pronto sellará la canonización del Padre Hurtado.

Otras críticas externas son más graves, pero no más fundadas.

Se dice que el Opus Dei interviene en política. Aquí, no conozco otro miembro del instituto con prominencia de esa índole, sino el alcalde de Santiago. Nunca he visto personas de la obra concertadas para apoyarlo ni, más generalmente, para actuar en el ámbito político. A la verdad, nunca he hallado gente tan desinteresada como ellas de la política diaria o partidista. No es reproche ni alabanza, sino comprobación de un hecho.

Escurbiendo casi en la prehistoria, se acusa de “franquismo” a monseñor Escrivá. Por cierto, durante la Guerra Civil fue partidario del triunfo del Caudillo: era difícil pedirle a un sacerdote católico que simpatizara con una República que había asesinado once mil sacerdotes católicos. El futuro santo estaba perfecta y razonablemente convencido de que con Franco podría seguir y expandir su misión religiosa, y con la República de la Guerra Civil, no. Luego, se ha hecho infinito caudal de los Opus Dei españoles que fueron ministros de Franco, los años 50 (Ullastres, Navarro, López Bravo y López Rodó). Nada se dice de los Opus Dei antifranquistas, v.gr. Rafael Calvo Serer, que terminó por ello perdiendo su diario, y preso, o el liberal Antonio Fontán. En realidad, el instituto es completamente neutral en política. “A mí no me va ni me viene (que un miembro de la obra sea ministro) —decía monseñor Escrivá cuando un cardenal lo felicitaba por aquellos nombramientos—; no me importa; me da igual que sea ministro o barrendero, lo único que me interesa es que se haga santo en su trabajo”.

Se afirma que el Opus Dei es “elitista”. Ignoro cómo podría serlo un movimiento extendido a todos los continentes y razas, y a ochenta y tantos países. Quizás en Chile —por razones históricas que sería largo explicar— sus primeros miembros pertenecieran a la elite nacional, bastante difusa por lo demás. Mas esa situación es del ayer, y no veo demasiados “antielitistas” chilenos que mantengan una escuela agrícola de gran prestigio, excelentes establecimientos básicos en La Pintana, una universidad de muchísimas becas... todo gratuito, todo para los pobres, y su ascenso en

libertad, no para las elites.

Finalmente, está la acusación de que la obra “secuestra” o poco menos a sus miembros, cuando jóvenes, separándolos de la familia. No conozco orden religiosa alguna que no haya sido acusada de lo mismo, por padres explicable aunque equivocadamente dolidos y tristes ante una separación temprana. Posiblemente existan casos efectivos de descriterio en este sentido. Pero lo habitual es que nadie se quede donde no quiera quedarse. Y la preocupación de órdenes e institutos va más por el lado de librarse de elementos sin vocación efectiva, que por el de secuestrar aspirantes.

Si me he extendido sobre los temas anteriores, algunos baladíos, ha sido —reitero— para subrayar la esterilidad de que personas no creyentes abriguen contra el Opus Dei y su santo una irritación tan violenta. Si uno se halla a años luz de una fe y de una espiritualidad religiosas, todo en ellas le parecerá absurdo y sin interés, pero... ¿por qué agregar el ramalazo ciego del odio?

Creo que esto se debe al “concepto de vida” que transmiten el instituto y monseñor Escrivá.

Sin ser ningún experto, advierto como centro del Opus Dei la santificación mediante la existencia cotidiana y el trabajo corriente, dándoles una dimensión sobrenatural que apunta —a través de ellos— hacia Dios, cualquiera sea la importancia humana de la persona y de lo que hace, “ministro o barrendero”.

Pero una santificación así inevitablemente produce y envía al exterior —aunque no sea éste su objeto principal— una imagen de “vida buena”... vida ordenada; arreglada; equilibrada; de tradicionales virtudes cristianas, no viciosas; de fidelidad conyugal y a la familia; que no busca derrotar, explotar ni utilizar al prójimo, sino ayudarlo;... una vida, en fin, verdaderamente humana, incluso prescindiendo de su aspecto religioso.

Esta imagen es particularmente aborrecible para el “hombre nuevo” surgido tras el colapso de las ideologías político-sociales, a fines del siglo pasado. El hombre cuyo objeto único es su propia satisfacción, sus sensaciones, su “yoísmo” ilimitado; el hombre sin ningún prójimo al cual le sea inconcebible pisotear, si ello le trae beneficios; el hombre sin amores, ni héroes, ni ejemplos, ni deberes, ni vallas, ni respeto por nada ni por nadie. Este hombre pertenece a la cultura que lo “arregla” todo... la infidelidad con el divorcio; los hijos y cónyuge abandonados, olvidándolos; el salario insuficiente del hombre, haciendo que la mujer descuide el hogar para también trabajar fuera de él; la vejez con la eutanasia; la creatura no deseada, con el aborto; la droga, “liberalizándola”; la pornografía, con salas triple X; el vacío de vivir, con la TV tan vacua como la vida... y así sucesivamente.

Cada cierto tiempo aparecen en la Historia este hombre corrupto y su cultura. La Roma de la decadencia; la Francia libertina, la República de Weimar, adoptaron esos parámetros y perecieron. A la explosión sin límites del “yo”, replicaron los bárbaros, el Terror, la bota nazi. Intertanto, todo mensaje de “vida buena”, normal, de derechos pero también de deberes, santificada por la trascendencia sobrenatural de su objetivo, irrita inconmensurablemente al Neandertal posmoderno, incluso prescindiendo de cualquier contenido religioso que esa vida tenga. Ofende la vaciedad de su yoísmo. Quizás si por una percepción oscura, que su orgullo rechaza, de que ahí, en última cuenta, reside la única posibilidad de salvación, de volver a ser verdaderamente humano.

Canonización de Josemaría Escrivá [artículo] Gonzalo Vial Correa.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vial Correa, Gonzalo, 1930-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Canonización de Josemaría Escrivá [artículo] Gonzalo Vial Correa. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa